

de las flores de lis entre las manos y el nombre de Luis XVIII. Era un príncipe casi liberal y bondadoso y culto. Empezó á reorganizar en un sentido coconstitucional el nuevo reino de Francia, obligado á pasar por los resultados administrativos y legislativos de la Revolución, incrustados por las codificaciones napoleónicas hasta en los huesos de la nueva sociedad francesa, y teniendo por instrumentos de esta reorganización á los hombres mismos de la Revolución (aun algunos de los que habían votado la muerte de su hermano Luis XVI), y que Napoleón había empleado, utilizado, sellado con blasones de duques ó príncipes.—El ejército, licenciado en parte y distribuido, hambriento y excitado por su incalmable ensueño de guerra y de gloria, en diversas regiones del país; la burguesía recelosa de que la Iglesia y los emigrados la privasen de los bienes y ventajas con que la inmensa desamortización revolucionaria la había obsequiado, y un malestar general del pueblo que, á pesar de haber sido sangrado por el imperio hasta la anemia, volvía sin cesar los ojos hacia el hombre estupendo confinado en una isla italiana y á quien la derrota había rodeado de una especie de prestigio doloroso, hicieron fácil la vuelta de Napoleón, la sumisión instantánea de Francia y la nueva tentativa imperial de luchar contra la Europa entera, para arrancarla, como en Austerlitz ó Tilssit, una paz que lo reconociese dueño del Occidente. Era imposible; tras una campaña memorable en Bélgica, fué Napoleón definitivamente vencido por los ingleses de Wellington (el reconquistador de España contra los franceses) y los prusianos en Waterloo (Junio de 1815); quiso, demasiado tarde, refugiarse en los Estados Unidos, y tuvo al fin que entregarse prisionero á los ingleses; «quería sentarse como Themistocles en el hogar del pueblo británico bajo la protección de sus leyes.» El gobierno inglés lo relegó á la isla africana de Santa Helena, en donde le secuestró implacablemente. Después de seis años de tortura moral y de noble y silenciosa agonía, Napoleón murió allí el 5 de Mayo de 1821.—Combatido, escarnecido, anatematizado, luego venerado como un semidios por el pueblo francés de cuyos instintos bélicos y de cuyos arranques apasionados por la gloria fué una soberana encarnación, la historia todavía no puede juzgar fría y desapasionadamente á este hombre, y tendrá que renunciar á rectificar con éxito su leyenda. Como era realmente un varón extraordinario en sus cualidades y defectos; como parece que sin él la Revolución no hubiera renovado al mundo civilizado como lo renovó, y como parece que sin él no hubiera transformado la sociedad francesa como la transformó, aun domina y se impone—Habrà que dejar pasar un siglo más para que la historia pueda abarcarlo y juzgarlo.

BREVIARIO DE LA HISTORIA DEL SIGLO XIX.¹

I. Los Acontecimientos culminantes.—II. Progresos y problemas.

I.

LOS ACONTECIMIENTOS CULMINANTES.

Los sucesos del orden político (que á su vez son determinados directa ó indirecta, pero seguramente por causas ó fenómenos sociales) á que pueden referirse los principales acontecimientos de la historia ostensible del siglo que acaba de fenecer, desde la caída del régimen napoleónico, son sintéticamente los siguientes:

- I. Creación de la Europa postnapoleónica.
- II. Advenimiento de los pueblos latinoamericanos á la vida nacional.
- III. Consolidación lenta del constitucionalismo europeo.
- IV. El Pueblo Norteamericano

1. *Creación de una Europa postnapoleónica en 1815.*—El inmenso trastorno (no puede llamarse transformación, porque todos los cambios obedecían á intereses dinásticos ó de dominación) causado por Napoleón I en la carta de Europa, exigía una redistribución de comarcas entre los Estados coaligados contra el Emperador, y esta labor se encomendó á un Congreso diplomático formado por los Soberanos vencedores ó sus Plenipotenciarios, que se reunió en Viena en 1815.—Desentendiéndose casi por completo de los intereses de los pueblos que aspiraban á tener vida propia, el Congreso de Viena disminuyó á Francia en sus fronteras, la obligó á pagar una enorme indemnización de guerra y á costear el sostenimiento de los ejércitos extranjeros que la ocupaban, y la redujo á los límites que antes de las guerras de la Revolución tenía; quedó rodeada de una cintura de pequeños Estados que la vigilaban: (Países Bajos; Holanda y Bélgica; Suiza; el Piamonte) y puesta en contacto con Prusia en el Rhin.

¹ Esta parte no puede ser aprendida por los alumnos: son simples temas generalísimos de lectura si el tiempo alcanza. Pero sobre ellos no debe ni hacerse el primer diálogo entre el profesor y los discípulos, e. d., el que sirve para indicar si la lección se ha comprendido; ni el segundo, el que revela que la lección se ha retenido. Pero los alumnos que la lean pueden pedir explicaciones al profesor.

Constituyóse bajo la presidencia del Emperador de Austria una confederación germánica, y detrás de esta cintura se agigantaron las naciones triunfantes: Inglaterra, más que nunca dueña del Mediterráneo y señora sin rivales en Asia; Prusia ensanchada en Alemania; Suecia, dueña de Noruega, sustraída á Dinamarca en compensación de Finlandia, cedida á Rusia que hacía suyo para siempre el reino de Polonia; Austria, dueña en Italia de la Lombardía, del Véneto, colocando á príncipes imperiales en Toscana y los otros Estados italianos, influyendo decisivamente en el Papa y en el rey Borbón restaurado en Nápoles, pudo decirse dueña de la Península; España y Portugal, abandonados á la saña reaccionaria de sus reyes, completaban el negro panorama de la Europa política, que antes de 1815 era sangriento pero espléndido.—Varios tratados se firmaron en el curso de 1815 para asegurar la obra del Congreso de Viena. Pero antes de éste existía ya la *Santa Alianza*, pacto formado por el Tzar de Rusia, el Emperador de Austria y el Rey de Prusia, bajo la inspiración de una amiga mística del Emperador Alejandro, y que constituía una especie de Sociedad de Seguros mutuos de los tres monarcas contra las tendencias irreligiosas y revolucionarias, léase *liberales*, de la época.

2. *Advenimiento de los pueblos latinoamericanos á la vida nacional* — En las colonias españolas de América la emancipación estaba hecha moralmente desde antes del siglo XIX: 1º A la clase indígena, en donde era sedentaria como en México, y no reducida á tribus nómades y salvajes, como en buena parte de Norte y Sud América, le era indiferente aunque temido el gobierno colonial, con excepción del monarca supersticiosamente venerado; esta clase odiaba al propietario rural que la mantenía en la servidumbre y la explotaba, como hoy todavía en donde la escasez de brazos no ha hecho superar la demanda á la oferta de trabajo y traído el alza de los jornales. Esta clase, adorando vagamente al rey, especie de Dios padre invisible, y á su vicario el virrey, no tenía más que una adhesión real y frecuentemente fanática á la Iglesia y sus representantes que la defendían tutoréandola, que pretendían moralizarla imbuéndole toda suerte de supersticiones y tolerando sus vicios (como la embriaguez), pero consolándola y alimentándola de esperanza infinita y de fe. 2º Los mestizos, con los mismos vicios y supersticiones que los indígenas, y confundándose por uno de sus extremos con éstos, por el otro se confundían con los criollos; una cualidad los distinguía: eran activos, aunque por intermitencias, mientras la característica de los indígenas era la pasividad. 3º Los criollos descendientes de españoles; un grupo de esta clase era más rico que los españoles, otro mejor educado. 4º Los españoles, ó descendientes inmediatos de los peninsulares, ó peninsulares empleados, alto clero, jefes militares, etc., dueños de negociaciones mercantiles, mineras, etc., recién llegados de España.— Los españoles habían hecho lo posible por educar á los neo-hispanos y habían encomendado á la Iglesia este papel; se había, gracias á esto, formado un grupo que pertenecía á todas las clases sociales y que salía de los seminarios, de los colegios, con la convicción de su superioridad respecto de sus dominadores, y la de su derecho de gobernar un país que era el suyo.— El odio por el español dominador era intenso en ese grupo, sobre todo en las filas medias é inferiores del clero.

Tiempo hacía que las colonias estaban aisladas de la Metrópoli por las guerras con Inglaterra, lo que relajaba los vínculos que las unían; la destrucción del gobierno español por Napoleón y la prisión de Fernando VII, dejaron de derecho sin gobierno

á las colonias.— Las Juntas que se organizaron en España, la de Sevilla sobre todo, sólo tenían prestigio entre los empleados y primates españoles en dichas colonias; alguna vez los virreyes favorecieron la formación de grupos, no de enemigos de España, que no los había, y que estaba personificada en el soberano bribón D. Fernando VII. que en América aparecía como una víctima infortunada, digna de todo amor, sino de los españoles que monopolizaban la explotación administrativa de las colonias y que por medio de las audiencias, el alto clero y los encumbrados gremios mercantiles, como el *Consulado* en México, pretendían tutorear al virrey mismo.— Se formó, pues, un partido que anhelaba la independencia temporal, y cuando este partido perdió la esperanza de triunfar por las vías racionales, recurrió á la revuelta que estalló en 1810 en Buenos Aires, México, Chile, y que invadió toda la América del Sur y la Nueva España. Esas luchas duraron poco en algunas partes (Argentina, Chile), en otras de diez á quince años.— Durante la tercera década del siglo XIX, la América española continental era dueña de sí misma, y en la cuarta década sancionaban esa vida nacional, con su formal reconocimiento, las naciones sajonas, lo que contuvo los deseos de la *Santa Alianza* para ayudar á España á reapoderarse de sus antiguos dominios.— En el Brasil, la independencia se hizo por medio de un arreglo dinástico que lo dejó convertido en monarquía.

3. *Consolidación lenta y laboriosa del constitucionalismo europeo*.— Inglaterra seguía dividida, como ya lo sabemos, entre los dos grupos aristocráticos que se alternaban en el poder, *wighs*, por un lado (éstos eran los liberales) y por el otro los *torys*, conservadores; ambos aprovechaban del régimen electoral que permitía la distribución exclusiva de los votos entre el gobierno y un grupo de privilegiados; no era un gobierno representativo el inglés, sino estrictamente oligárquico; sólo que en el primer tercio del siglo XIX esta oligarquía tuvo que luchar con la fuerza cada vez mayor de la sociedad industrial y mercantil.— No había, en la misma época, mas que dos iglesias oficiales: la anglicana en Inglaterra y la presbiteriana en Escocia; la católica, que dominaba en Irlanda, estaba casi proscrita.— La sociedad gobernada por los ricos en provecho de los ricos, tenía en su fondo una inmensa porción de proletarios, de miserables, de desheredados, de pobres, entre quienes se distribuía el producto de una contribución especial que los convertía en verdaderos siervos.— Mas las crisis económicas tuvieron por resultado una inmensa aspiración á la *reforma*, que trajo por primera consecuencia la fundación de grandes periódicos políticos que organizaron y encaminaron la opinión, que estallaba frecuentemente en enormes asambleas (*meetings*) ó se constituía en sociedades secretas en Irlanda y en asociaciones bien constituidas entre obreros (*trades-unions*).— Por una serie de reformas parciales, siempre precedidas de formidables luchas, Inglaterra, en el curso de ochenta años, ha pasado á ser un país casi democrático, y las reformas han sido prohibidas ó ejecutadas, ya por los liberales, ya por los conservadores (las antiguas denominaciones han desaparecido), pero siempre iniciadas por los radicales.— Así, el Parlamento es ya representativo; una gran masa del pueblo toma parte en la elección, pero todavía no existe el sufragio universal.— Las clases de señores rurales que antes vivían del *proteccionismo* (derechos muy altos á los cereales importados), ahora, gracias á la fuerte presión del mundo industrial, se rigen por el *libre cambio*. (Ultimamente se ha pronunciado por una vuelta al *proteccionismo*, el jefe del partido que se llamaba *unionista*, fracción

disidente del partido radical, enemiga del *home rule* ó independencia parlamentaria de Irlanda; partido que hoy se llama *imperialista* por sus tendencias á convertir á la Gran Bretaña y sus dominios coloniales en un vasto imperio federal que marche á la dominación de los mercados del mundo — Irlanda ha logrado plena autonomía religiosa y una inmensa mejora en su régimen económico, pero sin obtener un gobierno propio todavía.— El *socialismo* es también cada vez más poderoso; mas domina en las asociaciones obreras ó *trades-unions* la idea de obtener el poder por medio de reformas sucesivas que organicen plenamente el sufragio universal y no por medio de la revolución y la violencia, como lo proclaman los socialistas del Continente.—En los últimos años del siglo pasado Inglaterra se vió envuelta, con la pequeña excolonia holandesa del Transvaal, en una guerra costosísima que la humilló, haciéndola poner en movimiento todos sus recursos para vencer. Esto ha exaltado mucho el orgullo inglés y ha dado pávulo al imperialismo.— Sin embargo, el buen sentido del pueblo lo ha llevado á buscar el modo de disminuir las probabilidades de guerras internacionales en lo porvenir, y de aquí los tratados que zanján todas las cuestiones pendientes con Francia y la resurrección (gracias en buena parte al empeño personal del Rey Eduardo VII, hijo y sucesor de Victoria I que reinó más de medio siglo) de *l'entente cordiale* entre Inglaterra y Francia, que parecía muerta para siempre.

Desde el tiempo de la revolución, el deseo de establecer en el continente tipos gubernamentales á imitación del inglés, fué la aspiración de las burguesías liberales. En Francia naufragó la tentativa en la violenta é intensísima concentración revolucionaria y en el cesarismo napoleónico. Pero la restauración se vió obligada, para dar á los Borbones algún asidero en la opinión pública, á adoptar un sistema parlamentario. (*Carta* ó constitución otorgada por el Soberano con base de sufragio restringido; dos Cámaras legislativas, una de *los pares*, de nombramiento regio, ministros responsables y algunas libertades restringidas; prensa, reunión, etc. y lo que es, sobre todo, característico del *régimen parlamentario*, el derecho del rey para disolver el parlamento y consultar la opinión pública por medio de nuevas elecciones y el de nombrar para la alta Cámara cuantos pares tenga á bien). Los partidos avanzados y revolucionarios se organizaron cada vez mejor á la sombra de esta *Carta*, y á la primera tentativa formal de volver al régimen absolutista del rey Borbón Carlos X, el pueblo de París se insurreccionó, y la dinastía borbónica de la línea directa desapareció para siempre de la escena política (1830). — La burguesía rica, ilustrada y liberal aprovechó la revolución é instituyó con el jefe de la rama menor de los borbones (Luis Felipe de Orleans), antiguo oficial de la gran revolución, una monarquía muy culta, con mayores libertades, más directamente gobernada por el Parlamento por medio de ministros responsables, pero sistemáticamente hostil al movimiento democrático puro que tendía á adueñarse del poder. — En cuanto extremó esta tendencia en 1848 la coalición de la burguesía inferior por el capital, y de los elementos populares exaltados por ensueños inmensos y vagos de igualdad y regeneración social, barrió para siempre con el trono de los Orleans.—Una República (la 2ª) confiscó el poder: el miedo de la Europa monárquica que se estremecía y amenazaba desmoronarse cada vez que había en París una erupción revolucionaria; los errores é incoherencias del gobierno republicano y el miedo á la anarquía que multiplicaba sus manifestaciones disolventes, pusieron el poder en manos de un heredero del

nombre de Napoleón (Luis Napoleón Bonaparte) que nombrado primero Presidente de la República Francesa, acabó, disolviendo el poder legislativo, por establecer una dictadura eminentemente personal y basada en el inmenso prestigio que ejercía (y aun ejerce) sobre las masas francesas la gloria napoleónica; esta dictadura tomó el nombre de imperio en 1852 y Luis Napoleón el de Napoleón III, emperador de los franceses. — Una considerable masa social, libre ya del miedo á la anarquía y profundamente segura del orden por la devoción del ejército á los napoleones, se dedicó á explotar febrilmente los recursos económicos de Francia, aprovechando los grandes vehículos de transformación y engrandecimiento industrial y mercantil (la electricidad, el vapor, los organismos bancarios, las sociedades anónimas), y la riqueza creció y con ella el lujo, el contento de la vida, y como consecuencia el descenso de los ideales políticos, el indiferentismo moral. El único que tenía ideales y ensueños (que habían de acabar por dar al traste con su fortuna y la de Francia) era el Emperador. Soñaba destruir la obra del Congreso de Viena en 1815 y devolver la vida á las nacionalidades entonces sepultadas: Polonia, estrangulada por Rusia; Hungría sofocada por Austria; Italia esclavizada también por Austria; esta nación era el objeto principal del rencor nacionalista de Napoleón III, antiguo conspirador italiano.— En 1859, en una guerra famosa, logró expulsar al Austria de casi toda Italia; la península trabajada por el partido revolucionario destruyó los gobiernos locales (principados y monarquías) y constituyó la unidad italiana bajo la dinastía de Saboya. — Sólo el poder temporal del Papa quedó en pie, gracias únicamente á la protección de Francia; todos comprendían que al primer movimiento de abandono de ésta, la máquina política del papado vendría á tierra. — Mientras sus anhelos en favor de Polonia podían realizarse, el desmembramiento de la Unión Americana, que todos juzgaban definitivo, sugirió al Emperador la idea de realizar un vago é impreciso designio de hegemonía latino-americana, que, dada la imposibilidad de oponerse en que los Estados Unidos se hallaban, era cosa sencillísima, supuesta la impotencia absoluta de las repúblicas hispano-americanas agotadas por las contiendas civiles. México se prestaba admirablemente para el ensayo; la posesión de Sonora, que se creía una California inexplorada, compensaría el sacrificio. Además, la inmensa mayoría del país mexicano, según afirmaba la Emperatriz, sugerida poderosísimamente por los reactivos mexicanos emigrados, secundaría estas miras.—La Intervención francesa, el establecimiento del imperio de Maximiliano nacieron de aquí.—Fué este un gigantesco fracaso que desprestigió profundamente á la Francia imperial y que la presentó impotente para modificar en su provecho, como el obstinado y quimérico soñador hubiera querido, el conflicto entre Prusia y Austria y la constitución de la hegemonía militar de la primera en Alemania. Esto sí era un incontrastable peligro para Francia.— Napoleón III, ansioso de consolidar su dinastía y convencido de que el mal éxito de sus tentativas (en Italia todo el partido revolucionario le era hostil) había alejado de él á casi todo el país pensante y á las masas urbanas que desdeñaban los conatos de socialismo del César, quiso atraérselas lentamente por medio de concesiones liberales; por fin la Constitución cesarista de 1852 fué abolida, se decretó otra parlamentaria y liberal en 1870 (Cámaras con la casi plenitud del poder legislativo, ministros responsables, sufragio universal). Lo único que restaba del cesarismo era el derecho que conservaba el Emperador, de apelar directamente al pueblo

por medio de *plebiscitos*. Dada esta constitución, Napoleón creó un ministerio de partidarios de la nueva idea, y este ministerio, esperando que la gloria militar daría al trono napoleónico bases más sólidas, llevó al Emperador, contra su voluntad, á la guerra con Prusia.— La Alemania entera tomó parte en ella. El ejército imperial no estaba preparado para la lucha con quien lo estaba años hacía; todo fué desorden y confusión en los preliminares; ningún plan estratégico llegó á adoptarse; pronto los dos grandes ejércitos que Francia había logrado reunir quedaron divididos. el uno inmobilizado en Metz, el otro acorralado y destruído en Sedan.— La Francia evidentemente vencida y sin saber cómo recuperar ni su fuerza ni su gloria, se entregó á quien le ofrecía luchar para conservar el honor siquiera. — El partido republicano parlamentario, secundado por el de la calle, del suburbio y del taller, puso en movimiento multitudes delirantes, disolvió todos los poderes imperiales en unas cuantas horas, pronunció la *decheance* de los Bonapartes, se adueñó de la dictadura de París, y cuando los prusianos constituyeron el sitio, trató de organizar y dirigir la defensa en masa de la nación; para ello nombró una delegación que á vuelta de algunos graves desaciertos, y concentrada casi por entero en manos del elocuente diputado por París, Leon Gambetta, realizó verdaderos milagros de actividad y de abnegación patriótica; pero todo en vano. Las victorias alemanas siguieron y Metz fué entregado, más que por la impotencia de defenderlo, por las obscuras combinaciones políticas de Bazaine. París, epiléptico de furia patriótica y de asonadas anarquistas, marchaba ineluctablemente á la capitulación.— En esas condiciones hubo necesidad de tratar de la paz; se eligió una asamblea cuya mayoría resultó tan enemiga del Imperio como de la República, y esta asamblea, reunida en Burdeos, dió plenos poderes para tratar, á un anciano colmado de experiencia, de previsión y de prestigio, ministro conspicuo de Luis Felipe, opositor eficazísimo del imperio, é historiador celeberrimo del primer régimen napoleónico: M. Thiers negoció la paz con el flamante Imperio Alemán, proclamado en plena victoria, en Versalles, y obtuvo del terrible y genial canceller del nuevo imperio, un tratado (Francfort 1872) de paz que costó á Francia la pérdida de Alsacia, de buena parte de la Lorena y de una gigantesta indemnización de guerra que puede calcularse en más de dos mil millones de pesos mexicanos actuales.— París, aun en poder del partido revolucionario, protestó contra la paz, se constituyó en *comuna* independiente del resto de la nación, y M. Thiers, sostenido por su asamblea que funcionaba ya en Versalles, organizó con el resto de los ejércitos regulares que pudo reunir al concluirse la guerra, la reconquista de la ciudad rebelde cuyo gobierno pasaba rápidamente por las manos de grupos cada vez más exaltados que llevaron la defensa á los actos más espantosos de tiranía terrorista, pero que se defendieron valientemente, muriendo muchos de ellos por su bandera roja, como habrían debido morir por la patria. — Dueña la Francia de sí misma por la reconquista de París, mientras haciendo prodigios de vitalidad reparaba sus fuerzas económicas, los partidos comenzaron la lucha por la dominación: el partido monarquista, á pesar de la inmensa gratitud que la nación debía á Thiers, por la paz, por la represión de la comuna y por la liberación del territorio, acabó por derrocarlo, pues encontraba en el que había dicho «la República es el régimen que nos divide menos,» un muro para la realización de sus planes. — La honrada negativa del Conde de Chambord (último representante de la rama mayor de los Borbones) á aceptar la ban-

dera tricolor y la tutela de los jefes del partido orleanista, aplazó la consumación de un complot parlamentario que habría sido la señal de una tremenda guerra civil.— El partido republicano, admirablemente organizado en la lucha y para la lucha, ganaba sin cesar en el espíritu del pueblo, y la inmensa mayoría de la población urbana y grandes fracciones de la rural lo apoyaban.— Por fin el estado transitorio cesó; una constitución parlamentaria porque asigna á los otros poderes como origen el poder legislativo, con un presidente que el Congreso elige por siete años, un Gabinete, órgano de la mayoría, el derecho de disolución, y un Senado directamente nombrado por el elemento municipal, fué desde entonces la ley fundamental de la República, que ha atravesado crisis terribles en que los partidos que le son adversos han tratado de apoyarse ó en el ejército amenazado por el espíritu *pacifista* de la democracia, ó en la fracción del clero que, á pesar de las amonestaciones profundamente hábiles y prudentes del insigne León XIII, ha creído necesario para defenderse del avance de la incredulidad, tomar más ó menos directamente parte en la política. La sumisión forzada del elemento militar al poder civil (proceso Dreyfus) y la creación de un vasto sistema escolar obligatorio y laico, han sido las armas que han dado el triunfo al partido republicano que, al compás de la batalla, se ha transformado alejándose de los elementos moderados, es decir, escindiéndose en dos grandes fracciones, *la conservadora* en donde se han fundido los grupos monarquistas que aplazan sus programas para siempre, y *la radical* en donde han tomado su puesto todos los adversarios de la religión, de las comunidades religiosas (que han sido suprimidas de grado ó por fuerza), del clero en general y todos los grupos socialistas que esperan vencer por el boletín del sufragio y no por la revolución y la violencia. Esto ha traído por consecuencia ineludible el fin probable del *concordato* con Roma y la separación de la Iglesia y el Estado.— El parlamentarismo francés, por su carácter jacobino (e. d. asamblea omnipotente, ejecutivo subalternado, presidente sometido, libertades dosificadas por el partido dominante al vencido), se ha atraído la enemiga de muchos grupos liberales que aspiran á la constitución de un Ejecutivo que haga contrapeso al despotismo de la mayoría.

Exceptuando en los dos grandes imperios semibárbaros (Rusia y Turquía), todos los países europeos han llegado, á través de luchas y vicisitudes de profundo interés histórico, pero que aquí no podemos ni someramente referir, á adoptar el régimen constitucional en la forma parlamentaria, enteramente distinta de la forma americana. (Estados Unidos de Norte América, Estados Unidos Mexicanos, en que el Presidente es responsable, lo mismo que sus Ministros, que son simples Secretarios del Jefe del Ejecutivo, y no representantes de la mayoría de una asamblea.)— En la Europa del Norte, los países escandinavos que primero estuvieron distribuídos así: Dinamarca y Noruega, en donde la lengua nacional es la *danesa*, formaban una entidad, y la otra Suecia sola. Hoy Dinamarca, mutilada al Sur por la ávida Prusia, forma un reino solo, y Suecia y Noruega una unión de dos reinos bajo el gobierno de un solo rey. (La actual familia reinante desciende del general francés Bernadotte, escogido como heredero de la corona por los suecos en tiempo de Napoleón.)— Los tres países luteranos, de gobierno monárquico aristocrático, se han ido acercando en el siglo pasado á las formas democráticas dentro de la monarquía, sobre todo en Noruega, y del gobierno puramente representativo, en que el rey no

está obligado á escoger su gabinete en la mayoría de la asamblea, han pasado al régimen parlamentario, al gobierno de las mayorías, al mismo tiempo que han ensanchado la base del sufragio popular. El conflicto con Austria y Alemania en Dinamarca, y el de Suecia y Noruega (que tiene una de las más poderosas marinas mercantes y que ha aspirado á la completa autonomía nacional) han dominado la vida política escandinava en el tercio último del pasado siglo.—La transformación de Alemania, que de una confederación de pequeños Estados como en los tiempos feudales, en la que Prusia disputaba sordamente la hegemonía y supremacía al Imperio Austriaco, ha pasado á ser un Imperio formidable, es uno de los hechos capitales de la historia contemporánea. La instrucción obligatoria y el servicio militar obligatorio formaron en Prusia, por selección sistemática, un admirable instrumento de combate intelectual y físico con el que, á través de mil peripecias, logró excluír al Austria, fulminada en Sadowa, de toda ingerencia en la confederación germánica, en la que organizó su hegemonía y su supremacía militar; en seguida, en una campaña vertiginosa, Prusia venció, humilló y desarmó á Francia, la enemiga tradicional de la unificación de Alemania, y pudo constituirse un Imperio germánico hereditario en la cabeza de los reyes de Prusia.—Este Imperio fué proclamado en Versalles, en Enero de 1871, por medio de una declaración de los soberanos alemanes del Sur, de que querían formar parte de la confederación del Norte, con la condición de conservar casi entera su autonomía política interior, pero cediendo toda su independencia en la exterior y en el régimen militar á los Reyes de Prusia, que debían tener el nombre de *Kaisers* (Emperadores), y la nueva liga el de *reich* (Imperio). El Imperio no fué parlamentario, porque ni los ministros son responsables ante la asamblea de origen democrático llamado *reichstag* (asamblea imperial), ni ésta tiene derecho á formar leyes, sino á votar proposiciones que sólo por el consentimiento del emperador son leyes; su ingerencia activa en la política del Imperio sólo puede ejercitarse *negando* su voto á las iniciativas imperiales y provocando conflictos que acaban en transacciones.—Todo ello fué obra del canciller del Imperio, príncipe Bismarck, redactor de una especie de reglamento de los poderes que llamó Constitución.—El Imperio alemán, que ha prosperado enormemente en el sentido industrial y mercantil, ha visto crecer y organizarse definitivamente en su seno dos partidos fortísimos: con uno de ellos ha transigido ya *el católico*; con el otro lucha en vano, *el socialista*.—Muerto el fundador del Imperio, y después del reinado efímero del excelente Federico III, reina hoy Guillermo II, un hombre de pasión y de lucha, pero realmente extraordinario por sus ideas y su carácter.

Austria-Hungría.—El resultado de la lucha entre Austria y Prusia fué el abandono total de la dominación austriaca en Italia y la reforma de la Constitución imperial: Hungría recobró toda su independencia y tuvo un parlamento bicamarista y sus ministros aparte; un grupo de pueblos eslavos que odian la dominación húngara (croatas, eslavones, etc.) le quedó sometido. Austria tuvo también sus pueblos vasallos (Bohemia) y su parlamento propio. El lazo de unión es el emperador y su dinastía (Emperadores de Austria y Reyes de Hungría), pero no es puramente personal; existe un gobierno común compuesto del emperador, de ministros responsables ante ambos parlamentos, y de una asamblea (*las delegaciones*) que se reúne periódicamente para tratar de ciertos asuntos comunes (ejército, marina, moneda,

finanzas) en virtud de un compromiso renovable cada diez años.—No podemos entrar aquí en el detalle de esta organización *sui generis*.—La diferencia de razas y las aspiraciones de cada una de ellas en sus diversos centros (*cheques* ó bohemios, alemanes, croatas, italianos y polacos en Austria, y magyares, rumanos, croatas, etc., en Hungría) complican por tal modo (sin contar las tendencias clericales y laicas en lucha, y que son poderosísimas) la vida política en Austria-Hungría, que hay quien crea en una próxima disolución de este heterogéneo Imperio.

España y Portugal.—En la península ibérica, que renació á la vida constitucional con motivo de la gran conmoción que la revolución francesa y la creación del estado napoleónico produjeron en Europa, la lucha para consolidar las nuevas instituciones fué trágica.—Decimos *renacimiento*, porque los diversos reinos que compusieron la península se regían libremente en los tiempos de la conquista (cortes en cada reino, privilegios de los magnates y de la Iglesia contra la autoridad del monarca, y fueros algunas veces libérrimos de los municipios). Los Austrias primero, y después los Borbones más sistemáticamente, acabaron con el régimen de las libertades históricas y fundaron el absolutismo, aunque sin poderlo centralizar por completo como en Francia.—España fundó una monarquía constitucional en 1812 durante la brega con Napoleón: no era parlamentaria, pero sí representativa y democrática; los acontecimientos no permitieron casi que se practicara; la España que sufragaba, según esta Constitución, no era sólo europea, sino americana y colonial.—La restauración de Fernando VII en 1814 trajo consigo la ruina del régimen constitucional, restablecido por una revolución militar en 1820, y de nuevo soterrado á los pocos años por un ejército francés al servicio de *la Santa Alianza*.—A la muerte de Fernando VII, y con motivo de haber sido designada como sucesora su hija Isabel II, el hermano del rey difunto, que se creía con mejores derechos que su sobrina y que se apellidaba Carlos VI, promovió una terrible guerra civil en Vizcaya y las provincias del Norte.—Esta prolongada lucha carlista consolidó las ideas liberales como resistencia al reaccionarismo intransigente de D. Carlos.—Concluida la guerra civil, el gobierno, sin dejar de ser casi nunca constitucional, pasaba frecuentemente de semi-dictaduras reaccionarias y militares á manos de reformistas poco expertos, hasta la revolución de 1868 que trajo á tierra el trono de Isabel II.—La dictadura revolucionaria del general Prim, la monarquía democrática de un príncipe italiano (Don Amadeo), luego un ensayo tumultuoso de República, todo en medio de la guerra civil, carlista en el Norte y socialista en el Sur, fueron las rápidas fases del gobierno político de España hasta la restauración de los Borbones con Alfonso XII.—Después de una prolongada regencia de la viuda de este Rey, subió al trono Alfonso XIII, cuando ya una rápida y formidable guerra con los Estados Unidos del Norte había desbaratado para siempre el imperio colonial insular de España en América y Asia.—Por una especie de gobierno por turno de los conservadores y liberales, puede considerarse como definitivamente establecido el régimen parlamentario en España.—La exacerbación de las tendencias regionalistas, la lucha entre industriales y capitalistas, que suele ser trágica, y la preponderancia completamente anacrónica del clero, son indicios claros de que el período de las grandes conflagraciones políticas no ha pasado para España.—En Portugal, tras de peripecias bastante análogas á las españolas, también se ha consolidado el régimen parlamentario; la especie de dependen-